

Retiro de Cuaresma Liga de familias

« Con María, en el Santuario, al pie de la cruz »

23-25 Marzo 2012 P. Carlos Padilla Esteban

I. Tiempo de Cuaresma, tiempo de conversión

Benedicto XVI ha tomado este año como motivación para la Cuaresma una frase de la carta a los hebreos. Y ha analizado su contenido: *«El fruto de acoger a Cristo es una vida que se despliega según las tres virtudes teologales: se trata de acercarse al Señor «con corazón sincero y llenos de fe» (v. 22), de mantenernos firmes «en la esperanza que profesamos» (v. 23), con una atención constante para realizar junto con los hermanos «la caridad y las buenas obras» (v. 24)».* La Cuaresma es una invitación a vivir la caridad de forma profunda y clara, aspirando a la santidad. La cuaresma es un tiempo bendecido, tiempo del espíritu, tiempo marcado por la presencia de Cristo camino al Calvario. Es un tiempo de desierto en el que nos despojamos de nuestras seguridades para navegar en el mar de las misericordias de Dios, nuestro Padre. Es una oportunidad para cambiar de vida e iniciar un nuevo camino, aunque no sepamos bien hacia dónde caminamos. Lo cierto es que el camino que se nos ofrece está marcado por las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Son cuarenta días en los que pronunciamos nuestro sí a su querer y dejamos que su fuerza nos transforme en el milagro de la fe, que es una fe viva y que se manifiesta en obras; en la grandeza de una esperanza, que se hace fuerte en la oscuridad, en medio de la crisis, en las penumbras de la soledad; en el regalo de un amor, que se hace caridad que desciende sobre nuestros corazones pequeños y frágiles. En esta fuerza nos adentramos en un camino nuevo.

En primer lugar es un tiempo para crecer en nuestra fe y renovar así nuestro sí. Es un sí sencillo, fundado en nuestra fe, en el poder creador de Dios; un sí a nuestra fe que vence los miedos y las barreras. En este año en el que el Papa, a partir de octubre, convoca un año de la fe, queremos que la cuaresma aumente nuestra fe. La fe es un don que se nos regala. Pero muchos hombres hoy han dejado de creer en el amor de Dios. Por eso nos invita Benedicto XVI, en su carta apostólica *«Porta Fidei»*, a luchar para que se despierte el deseo de buscar su luz: *«Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en Él y a extraer el agua viva que mana de su fuente».* La fe es un don que hay que pedir y que se alimenta en la fuerza del amor. Y añade: *«Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección».* Por la fe comenzamos a vivir una vida nueva, una vida en el Espíritu, donde Dios está presente. Como decía el P. Kentenich: *«Nuestra fe no es una fe que simplemente sobrelleva y soporta, sino que también nos da tareas previstas en el plan de Dios para nosotros, nos confía la labor de hacer realidad la misión que hemos descubierto. Y hacerlo con todas nuestras fuerzas»*¹. La fe tiene que convertirse en una fe activa, en una fe que actúe en la fuerza de la conducción de Dios. Cuando creemos con el corazón somos capaces de vencer todos los obstáculos y tomamos conciencia de algo fundamental: Dios nos necesita en su actuar en el mundo. Necesita nuestro sí, necesita nuestra entrega constante.

Pero sabemos que el hombre de hoy ha perdido la fe en Dios y, por el contrario, cree muchas otras cosas. Tal vez cree demasiado. Cree lo que dicen las noticias sin dudarlo, cree en lo que puede ver, tocar, oír. Y a Dios ya no lo ve, no lo escucha, no lo encuentra. Decía el

¹ J. Kentenich, "Dios presente", 99

obispo José Ignacio Munilla: «Cuando uno deja de tener fe en Dios no es que deje de creer, sino que empieza a creérselo todo y cae en la superstición». El hombre de hoy cree en muchas cosas pero ya no cree en Dios porque no lo encuentra. Le cuesta creer en lo que no ve. Pero cree en el azar, en las cartas y en el destino. No cree en un Dios que lo ama y lo acompaña, que lo sostiene cuando cae y lo levanta en la adversidad. Ha perdido la fe. Incluso los cristianos han visto cómo su fe se debilita en la adversidad. Por eso el hombre vive infeliz y perdido tantas veces. Leía el otro día: «Son muchas las personas que van por ahí con una vida carente de sentido. Parece que están medio dormidas, aún cuando están ocupadas haciendo cosas que parecen importantes. Esto se debe a que persiguen cosas equivocadas. La medida en que puedes aportar un sentido a tu vida es dedicarte a amar a los demás, dedicarte a crear algo que te proporcione un objetivo y un sentido»². Necesitamos vivir con un sentido, amar la vida, caminar con esperanza. Como también leía: «Felices quienes no se dejan abatir por los problemas, ni se complacen excesivamente en sus éxitos. Felices quienes se conmueven y luchan por eliminar la miseria, el odio y la injusticia. Felices quienes viven en la esperanza y la confianza. Felices quienes tejen con paciencia y firmeza a su alrededor redes de solidaridad». A muchos hombres les cuesta pensar en el poder de Dios que actúa donde nosotros no podemos. Por eso dice el Papa en la carta apostólica: «La fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un in crescendo continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios». Sólo crece nuestra fe cuando creemos, cuando perseveramos, cuando no nos dejamos llevar por las dudas. La fe le da sentido a nuestra vida. La fe se hace fuerte cuando nos abandonamos, confiando, en las manos de un Dios que nos ama. Por eso en este retiro nos preguntamos cómo se encuentra nuestra fe. **¿Se ha debilitado nuestra fe ante las dificultades? ¿Nos hemos dormido y sentimos que nuestra fe flaquea?** Nos recuerda Benedicto XVI: «Los maestros de espiritualidad recuerdan que, en la vida de fe, quien no avanza, retrocede». Cuando no avanzamos y no seguimos los pasos de Cristo, nos estancamos y retrocedemos. La fe se desvanece y nos encontramos enredados y perdidos en medio de creencias que no nos salvan.

Muchas veces nuestras debilidades y tropiezos parecen entorpecer la acción de Dios.

Entonces el demonio se sale con la suya y logra que nuestra misión no se haga realidad. Decía Benedicto XVI: «Siempre está la tentación de la tibieza, de sofocar el Espíritu». Por eso no construimos cada vez que caemos en envidias y en celos, o nos dejamos llevar por la ira. Cuando caemos en las críticas y descalificamos a los demás para sobresalir nosotros más sobre el resto, sin ser un testimonio de caridad fraterna. Cuando nos secamos en nuestro interior por falta de oración, a pesar de predicar muchas veces lo importante que es cuidar la vinculación con María. Cuando hacemos de Schoenstatt un lugar de recogimiento, de paz, de descanso, pero nos saltamos todo el carácter apostólico que es propio de un hijo de María. Y de esa forma nos aburguesamos. Cuando buscamos el poder y nos interesa sólo que cuenten con nosotros, que nos consulten y pidan consejo. Cuando nos interesa más la fama y la gloria que vivir con actitud de servicio nuestra entrega generosa. Cuando interpretamos Schoenstatt a nuestra manera y nos creemos en posesión de la verdad más absoluta. Cuando no valoramos lo que los demás hacen y nosotros mientras nos conformamos con los mínimos, sin aspirar a vivir santamente. Cuando no queremos seguir creciendo porque nos da miedo que Dios nos pida lo imposible y dejamos de escuchar lo que nos dice. En todos esos casos no somos instrumentos hábiles en las manos de Dios. En esos casos nos cerramos en nuestra carne sin escuchar su llamada.

Cuando creemos en nuestra misión nos convertimos en apóstoles que no pretenden ver la fecundidad de su siembra. Sabemos que el Reino de Dios es de Dios y no es nuestro nombre lo importante. Estamos llamados a sembrar y no a recoger los frutos. La entrega humilde y sencilla es lo primero y ahí radica nuestra fecundidad. Claro que es importante pensar en estrategias, pero nuestros planes no son nada en las manos de Dios. Soñar,

² Mithc Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 59-60

buscar caminos, proponer nuevos métodos pastorales, sembrar por todas partes, ésa es nuestra misión. Pero nosotros sólo nos ponemos a trabajar y Dios hace todo lo demás. Nosotros ponemos nuestros talentos a disposición, lo que Dios nos ha dado. Él hace todo lo demás. Por eso es tan importante la humildad en todo lo que hacemos. Nuestra misión, por pequeña que nos parezca, es muy grande en el corazón de Dios. Una persona comentaba lo importante que había sido este cuento en su vida. Es el cuento de un angelito al que Dios le dio la misión en el cielo de cuidar una bola de fuego. La cuidaba con esmero y preocupación. Pero pronto se fijó en otros ángeles que volaban de un lado a otro cumpliendo misiones importantes. Y empezó a sentir algo de envidia. ¿Por qué a él Dios le había dado una misión tan insignificante? No lo entendía. Le parecía demasiado pobre lo que le tocaba hacer. No obstante, obedeció y siguió cuidando su bola de fuego. Un día, Dios se acercó de nuevo y le dijo: «*Ahora puedes soltar la bola de fuego*». La bola de fuego cayó sobre la tierra como esa estrella que señalaba el nacimiento del Salvador. Desde el cielo el angelito sonreía. La espera había sido muy importante. Muchas veces sentimos que nuestra misión es demasiado pequeña y envidiamos otras más importantes. A lo mejor Dios sólo quiere que cuidemos nuestra bola de fuego. Sólo eso. Pero no quiere que nos comparemos. Sólo Él sabe lo importante que es nuestra misión en el plan de salvación.

Para ello es necesario que aprendamos a ser dóciles instrumentos en las manos de María.

Es necesario aprender a vivir arraigados en Cristo, arraigados en María, arraigados en el corazón de nuestro Padre Dios. Ese arraigo nos permite descansar en sus manos y dejar que nos utilicen para hacer realidad su plan de Salvación. La conciencia de ser valiosos y necesarios, levanta nuestra autoestima y nos hace tomar conciencia de nuestro papel en esta vida. María nos necesita para la misión. Si aprendemos a escuchar a Dios y nos sometemos dócilmente a sus planes, aunque nos cueste aceptar la cruz como camino de bendición, lograremos ser parte de la historia que Dios va tejiendo con los hombres. Para ello necesitamos confiar como los niños. Hoy suplicamos en el Santuario que nuestro corazón se arraigue profundamente en lo alto y así pueda caminar firme con los pasos de Dios. Que su voz haga surgir en nuestro corazón una nueva vida. Es la sabiduría que cree en un Dios providente, que conduce la historia y nos hace más capaces de amar. Es la sabiduría que nos permite entender el amor incondicional de Dios en nuestras vidas. Dios nos necesita. Dios actúa a través de causas segundas libres, de instrumentos capaces de hacer la voluntad de Dios en cada momento.

Pero los frutos no nos pertenecen, son de Dios. El otro día leía una publicidad: «*Si no se acuerdan de ti, ¿de qué te sirve hacer las cosas bien?*». Esta forma de pensar, tan común en nuestros días, nos deja siempre insatisfechos. Buscamos hacer las cosas bien para que los demás nos valoren y nos recuerden. Queremos que nuestro nombre quede impreso en la memoria de los hombres. La santa indiferencia no está presente en nuestro corazón, porque no nos da igual recibir aplausos o desprecio. No nos gusta ser olvidados y que el mundo siga igual, como si nada, después de nuestra partida. Sin embargo, cuando nos sabemos apóstoles, entendemos que basta con hacer lo que tenemos que hacer sin esperar nada a cambio. Somos siervos que obedecen al Señor y con eso basta. Es lo que nos hace sencillos en la entrega, el pensar que no hacemos las cosas esperando reconocimiento. El camino no es buscar otras cosas, sino sólo a Dios. Tenemos que ser transparentes y directos. No hay que ir por la vida con segundas intenciones que no son tan espirituales. Es cierto que no hay intenciones puras. Pero aspiramos a hacerlo todo sólo por amor, es lo que suplicamos cada día. Queremos vivir la simplicidad de los niños, ésa es nuestra pobreza. Si somos simples facilitamos la fecundidad de Dios a través de nuestras manos humildes, sin grandes pretensiones, sin esperar nada. Lo que está claro es que sufriremos menos. Dejaremos de compararnos y ya no envidiaremos otras misiones más importantes.

Por otro lado, el tiempo de cuaresma es un tiempo que nos invita a vivir con esperanza.

Mantenernos firmes en la esperanza recibida es un regalo que se nos hace. Dios quiere que nuestra esperanza se haga fuerte en medio de las tribulaciones, de la crisis, del dolor, de la cruz. La cuaresma nos confronta con la cruz de nuestra vida. Nos hace mirar cara a cara el dolor, la enfermedad y la muerte, pero nos permite ir más allá. La última palabra no la tiene la muerte. Hace un tiempo leía una reflexión interesante: *«Y, por eso, en un momento culminante de la historia, ese Dios desconcertante rompió su silencio y, por fin, actuó: removió la piedra del sepulcro y despertó a su hijo de entre los muertos. Una acción, conviene destacar, no dentro del mundo, sino a continuación del mundo. Desde entonces, el mundo visible ya no tiene el monopolio de la realidad porque, allende sus fronteras, Dios ha creado para los hombres una esperanza: si ha impedido que se perdiera en la nada el mejor de nosotros, los demás de la especie esperamos seguir algún día su mismo destino. Una nueva providencia para este mundo se hace posible, una que más que alterar el curso de los hechos los convierte (por tristes y trágicos que sean, incluyendo la propia muerte) en ocasión de más esperanza dentro de nuestro corazón»*³. Dios ha creado una esperanza nueva. No quiere que se pierda nada y nos regala la eternidad. La esperanza es la vida nueva, la vida en Cristo que anhelamos como plenitud de nuestros deseos y anhelos. La esperanza que nos mueve se levanta sobre la roca sólida de una promesa. Ante la cruz, ante el dolor y la muerte, la esperanza puede ser más fuerte. Dice Benedicto XVI: *«La oración de Jesús antes de su muerte es trágica, como lo es para cada hombre, pero al mismo tiempo, está impregnada por aquella profunda calma que viene de la confianza en el Padre y del deseo de entregarse totalmente a Él»*. Cristo confía en el amor de Dios. Su esperanza se mantiene firme en medio del dolor y la oscuridad. Así quiere ser nuestra esperanza. Una esperanza que nos sostenga en la noche, que nos ayude a mirar con confianza la promesa de Dios. Decía el P. Kentenich: *«Debemos contar en nuestra vida sencillamente con cosas incomprensibles, con oscuridades, con confusiones, misterios, trátase de nuestra persona, de nuestra comunidad o de todo el acontecimiento universal. Nunca debemos olvidar que nuestra vida, nuestra conducción de vida, nuestro destino, permanecerán en la oscuridad hasta la resurrección beatífica»*⁴. En la incomprensión de la cruz miramos confiados a María. Ella abraza a Cristo crucificado, nos abraza a nosotros. Ella nos sostiene en el dolor, su abrazo nos levanta. Hoy suplicamos esa esperanza para caminar.

Cuando Cristo les pregunta a los discípulos qué piensan de Él, Pedro, movido por la fuerza del Espíritu, responde lo que está vivo en su corazón. Reconoce a Jesús como el Mesías esperado y su corazón se alegra al pensar que ha venido a cambiar las cosas. Vive con esperanza. Cree que todo puede salir bien y se alegra. Sin embargo, acto seguido, Jesús dice: *«El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días»*. Les cuesta a los discípulos aceptar el fracaso cuando están iniciando un nuevo camino. Lo mismo nos sucede a nosotros. Es cierto que hoy estamos ya acostumbrados a escuchar que muchas empresas quiebran. Las quiebras sin concurso de 2011 fueron 22.778. No obstante, detrás de cada empresa que quiebra, hay siempre una historia desconocida de esperanza y de dolor. Hay sueños rotos, proyectos que fracasan, planes familiares que parecían posibles, anhelos que, por muchas circunstancias, no llegan a hacerse realidad. Quizás nos acostumbramos a oír que una empresa quiebra. Pero no somos capaces de ver los dramas que se esconden detrás de todo fracaso humano. No es fácil entender y aceptar el fracaso. El corazón se rebela.

Nuestra forma de actuar en la vida es siempre la misma: hacemos cálculos, nos proyectamos, soñamos, hablamos de estrategias, invertimos medios y datos con los que contamos. Pensamos que vamos a salir adelante y soñamos con un futuro lleno de esperanza. El hombre siempre quiere proyectarse más allá de sus límites y se niega a aceptar el fracaso como una posibilidad real en su vida. De la misma forma Pedro y el resto de los discípulos tenían un proyecto en el corazón. Acompañaban al Mesías, habían

³ Javier Gomá Lanzón, artículo “Dios rompió su silencio”

⁴ J. Kentenich, “Dios presente”, 88

aprendido a conocer sus sueños y vibraban con sus palabras. Veían sus milagros y enmudecían. Entendían que no había barreras que pudieran detener sus pasos. Jesús quería llegar a todas las aldeas, a todos los hombres y ellos le seguían. No cabía el fracaso en sus palabras, daban vida, sanaban, resucitaban. Siempre hablaba de esperanza, de un mundo nuevo, de un amor capaz de cambiar el corazón del hombre. Hablaba de la necesidad de tener la confianza de los niños y ser capaces de pedir en todo momento lo que necesitamos, sin dudar, porque Dios es Padre y nos ama con locura. Multiplicaba el pan para dar de comer a miles, como si todo fuera fácil. Se retiraba a orar en soledad y calmaba la tormenta con sus palabras. Si lo perseguían, seguía su camino sin miedo, no se asustaba ante las amenazas. No arriesgaba su vida, aunque sus palabras eran siempre claras y directas. Estaba siempre a disposición del que lo necesitaba, y escuchaba al que gritaba su nombre.

Por eso es tan comprensible que Pedro no lograra entender las palabras del Señor:

«Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo». Pedro no comprendía que Jesús se pusiera a hablar ahora de muerte, de persecución y de fracaso en ese momento. Justo ahora, cuando estaban en la cresta de la ola, cuando todo parecía ir tan bien. No entendía sus palabras proféticas, no aceptaba que no salieran los planes. La empresa humana en la que se había embarcado- *«Os haré pescadores de hombres»*- no podía acabar en un fracaso absoluto. Pedro era empresario. Lo había dejado todo por seguir a Jesús, porque creía en Jesús. Había dejado sus redes, su lago y la estrechez de su vida, para abrazar la amplitud de una vida que lo llevaba a querer recorrer el mundo entero pescando hombres para Dios. Sin embargo, si ahora Cristo moría en la cruz, no habría esperanza. Había muchos sueños y proyectos humanos en su alma emprendedora. No quería claudicar y por eso recrimina las palabras de Jesús. Un proyecto humano tan grande y bello como ése no podía acabar así. Había que hablar de esperanza y no de muerte. Pero Pedro no escuchaba la última frase de Jesús, o tal vez no la entendía: *«Al tercer día resucitar»*. Pero, ¿qué significa resucitar? El corazón no lo sabe. El corazón sueña con la tierra, con lo que se puede ver y tocar. Al hombre le cuesta trascenderse en un cielo que no conoce y desborda su fantasía. ¿Resucitar para la muerte como Lázaro? No habrían ganado nada. ¿Una resurrección futura? Pero si lo que ellos querían era cambiar este mundo. No, no entraba la muerte en sus planes. Ni la muerte, ni el fracaso. Él, como nos pasa con frecuencia a nosotros, creía en el mundo, en la tierra que parece eterna y veía sus proyectos enraizados en esta tierra. Quería transformar su sociedad. No quería pensar en otro reino fuera de aquí. Por eso no acababa de entender la presencia del Reino de Cristo y no comprendía que algo nuevo estaba comenzando en los corazones de los mismos discípulos.

Sin embargo, aunque no lo queramos, muchas veces nuestros sueños se rompen.

Sorprende escuchar la muerte de personas cuyos proyectos humanos aparentemente han sido tan logrados y mueren repentinamente en plena juventud. Son personas que han tenido éxito y han estado cubiertos de fama y dinero, pero no logran vivir con plenitud. Decía el obispo Jesús Sanz, al comentar la muerte de Whitney Houston: *«Quien fuera una de las más importantes cantantes de gospel y de música pop y soul durante varias décadas, de pronto ha enmudecido su voz para siempre y ha quebrado su cuerpo hundido en un naufragio de bañera»*. Esta mujer, una voz maravillosa, fallecida a los 48 años de edad, en circunstancias que apuntan a sus problemas con las drogas, nos muestra cómo se puede vivir sin sentido cuando todas las cosas parecen sonreír. Tal vez no sean tan importantes el éxito, la fama, la celebridad, o el dinero para vivir con paz. Como leía el otro día, *«la cultura que tenemos no hace que las personas se sientan contentas de sí mismas»*⁵. Es una cultura que centra el valor de las personas en lo que tienen y en lo que hacen y todo esto acaba minando la autoestima del hombre. Cambiar la forma de pensar nos lleva a creer de verdad que, tal vez, no sea tan duro que nuestros proyectos personales, tan humanos, fracasen. Nos obsesionamos buscando que

⁵ Mitch Albom, “Martes con mi viejo profesor”, 58

todo salga bien y, a lo mejor, no es determinante para ser felices. Deseamos la fama, el éxito, ser célebres. Arañamos elogios a un mundo esquivo. Y, cuando pensamos en la muerte de celebridades jóvenes que lo han tenido todo para ser felices y no han logrado serlo, no dejamos de sorprendernos. Pero nosotros nos empeñamos en seguir sus pasos, en repetir sus gestos, en reproducir sus planes, sus patrones de actuación convertidos en cultura. El otro día leía: «*¿De qué sirve conseguir lo que uno quiere, si por otra parte, uno se aparta de los demás? No se puede vivir tan solo para uno mismo de lo contrario la vida no tiene sentido. Todo el lujo del mundo no podrá jamás remplazar la belleza de una relación, la pureza es un sentimiento, ni siquiera la sonrisa de un vecino que nos sujeta la puerta abierta o la mirada conmovedora de un desconocido*»⁶. Sin embargo, nosotros nos empeñamos en intentar evitar sus fracasos y superar sus límites viviendo sólo para nosotros, sin abrirnos a servir a los que más lo necesitan. Nos sorprende que personas que hubieran podido llevar una vida en paz y agradecida, una vida anclada en el éxito y la fama, murieran solas y sin esperanza. Es como si las palabras de Oscar Wilde se hicieran realidad: «*Para la mayoría de nosotros la verdadera vida es la vida que no llevamos*». Entonces parece que el éxito de nuestras empresas no va a ser capaz de garantizar esa tranquilidad soñada del alma. Tal vez entonces es que Pedro tampoco entiende el verdadero sentido de la vida.

Es cierto que el impacto de la cruz es el mismo en todos. A ninguno nos gusta perder a un ser querido, o sufrir el dolor de la enfermedad con su angustia, o sufrir la crisis en toda su crudeza. La diferencia no viene marcada por el tamaño y dureza de la cruz. No, la diferencia se encuentra en la fe y en la esperanza con las que nos levantamos de la caída. Está claro que podemos pedir que ocurran milagros, es parte de nuestra petición diaria en el padrenuestro. Pero más allá hay que pedir que el enfermo aprenda a vivir en la enfermedad, el dolor, la separación o la pérdida. La cruz que padecemos no se convierte en un paréntesis en nuestra vida en el que dejamos de vivir esperando momentos más agradables. La cruz sigue siendo nuestra vida. Tenemos que vivir con paz, con fe, con esperanza y amor en los momentos más duros y oscuros del camino. El otro día leía una reflexión interesante: «*Los criterios humanos de eficacia y resultados hacen que midamos todo en éxito y fracaso y aquí no valen. Humanamente la enfermedad que no se cura es un fracaso; como lo fue la muerte de Jesús. Pero de esas heridas, de las de Jesús y de las nuestras, brota la vida que no pasa*». Cuando miramos la cruz como una fuente de vida, y la muerte como el comienzo de la vida verdadera, la perspectiva es otra. Una enfermedad grave tiene otras connotaciones y perder la vida por amor a Dios, adquiere notas de presente.

Pero lo cierto es que la muerte, como punto final de todos los sueños, es la realidad ineludible que nos puede llenar de temor. Steve Jobs, en el libro de su autobiografía, da la razón de por qué los dispositivos de Apple no incorporen un botón de apagado o encendido en su carcasa. Parece ser que antes de ser diagnosticado de cáncer su visión sobre la trascendencia era bastante escéptica, algo que cambió tras enfermar cuando el propio Jobs afirma: «*Es quizás por esto por lo que quiero creer en la vida después de la muerte*» y añadía: «*cuando mueres, no todo desaparece sin más. La sabiduría que acumulas, de alguna forma, sigue viviendo. Pero en ocasiones pienso que es como un interruptor. Click y te has ido. Es por esto por lo que no me gusta poner interruptores “on/off” en los dispositivos de Apple*». Pero la muerte y la enfermedad continúan como lo expresa esa frase que Pedro parecía dejar de lado: «*Al tercer día resucitar*». No se trata de un punto final. Como dice el P. Kentenich, Dios guía nuestros pasos y para Él todo tiene una lógica aunque no comprendamos: «*Visto desde Él, todo está en la línea más recta que uno pueda imaginar. Visto desde nosotros, todo es confusión, todo es caos*»⁷. Por eso el camino para aprender a vivir nos exige ser capaces de manejar el dolor y la alegría. Como dice el P. Kentenich: «*La maestría de la vida se muestra en nuestra capacidad*

⁶ Laurent Gounelle, “No me iré sin decirte adónde voy”, 263

⁷ J. Kentenich, “Dios presente”, 63

de dominar la alegría y el sufrimiento»⁸. En la cruz y en la enfermedad, en la muerte y la separación, en el éxito y en la alegría, es necesario saber que estamos hechos para la eternidad. Si recordamos el deseo de infinito que vive en el alma seguiremos luchando. Por eso hoy nos preguntamos por aquello que sostiene nuestra esperanza: *¿Qué nos hace seguir esperando? ¿Dónde fundamos nuestra esperanza? ¿En Dios, en el éxito, en las personas?*

La cuaresma, por último, es un tiempo para crecer en la caridad: «*Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras*» Hb 10, 24. Nos invita a estar atentos, a fijar la mirada en el otro y en Jesús. La Cuaresma es un tiempo para dejar de mirarnos a nosotros mismos y salir. Es un tiempo de éxodo en el cual dejamos la comodidad de nuestra tierra para adentrarnos en el misterio del otro. Buscamos el bien de los que nos rodean, buscamos ser solidarios. Estar atentos es una llamada fundamental, para no dejarnos estar sin hacer nada. Tenemos una misión muy clara: llevar el amor de Dios a los que todavía no lo conocen. Vivimos en un mundo que no cree y da la espalda a Dios. Nosotros somos la imagen visible de su rostro. No podemos dormirnos. La llamada de la Cuaresma es una invitación a estar despiertos. Dice Benedicto XVI: «*El gran mandamiento del amor al prójimo exige y urge a tomar conciencia de que tenemos una responsabilidad respecto a quien, como yo, es criatura e hijo de Dios: el hecho de ser hermanos en humanidad y, en muchos casos, también en la fe, debe llevarnos a ver en el otro a un verdadero alter ego, a quien el Señor ama infinitamente*». La Cuaresma es una oportunidad para crecer en el amor y en la entrega a los demás. Dejamos de mirarnos egoístamente para abrir los brazos. Corremos a veces el peligro de vivir replegados, pensando en nuestros intereses sin conocer el dolor del que sufre a nuestro lado. La invitación del Papa nos lleva a abrir más los ojos, a buscar al que sufre, a acompañar al que no tiene. Somos hermanos y esta fraternidad despierta en el corazón el deseo de entregarnos.

En la crisis económica en la que estamos inmersos, el grito del hambre se hace más fuerte. Es el hambre de aquellos que han perdido el trabajo y sufren la necesidad para llegar a final de mes, es el dolor de los que padecen la precariedad y la inseguridad. Las cifras actuales nos sobrecogen. Casi el 22% de las familias españolas vive por debajo del umbral de la pobreza. Uno de cada cinco españoles está al borde de la pobreza. La pobreza nos limita en el deseo de poseer que todos tenemos. La pobreza nos hace más avariciosos y egoístas con nuestros bienes. Nos encontramos centrados en nuestros deseos y necesidades, sin darle importancia al dolor y la angustia de los que nos rodean. Queremos proteger nuestra vida. El que sufre corre el peligro de cerrarse en su dolor. Por eso es tan necesario darnos cuenta del camino que se nos regala en la cuaresma. Es una invitación a la misericordia, a abrir el corazón. Decía Benedicto XVI en estos días: «*Nunca debemos ser incapaces de «tener misericordia» para con quien sufre; nuestras cosas y nuestros problemas nunca deben absorber nuestro corazón hasta el punto de hacernos sordos al grito del pobre*». En la limosna que entregamos al que lo necesita está implícito el deseo de vivir austeramente, renunciando a muchas cosas y siendo solidarios con el necesitado. Esta crisis nos hace valorar más lo que tenemos y nos hace más conscientes de la necesidad de cuidar nuestra independencia de todo lo material. El mundo en el que vivimos nos invita a consumir, nos crea necesidades, nos hace depender de lo que todavía no tenemos y despierta en nosotros el deseo de poseerlo. Es por eso que esa cuaresma nos llama a la generosidad con nuestros bienes, al desprendimiento y a darnos cuenta de la necesidad de tantos que viven cerca de nosotros. *¿Cuál es nuestra limosna en este tiempo, nuestra ayuda al más necesitado? ¿En qué estamos siendo más austeros y más generosos con los otros?*

La fraternidad es una llamada que nos hace el Señor en estos días de camino. Decía Benedicto XVI: «*Si cultivamos esta mirada de fraternidad, la solidaridad, la justicia, así como la misericordia y la compasión, brotarán naturalmente de nuestro corazón*». Se trata de la

⁸ Ibídem, 62

misericordia que brota al ver el dolor y el mal que sufren las personas que nos rodean. Es la misericordia hacia aquel que ha pecado. La misericordia con aquel que necesita una mano que los sostenga. No sólo hablamos del hambre material, también, y cada vez con más frecuencia, hay más hambre espiritual junto a nosotros. Personas que viven solas y abandonadas y no se sienten queridas. Personas que no conocen el amor y tienen sed de Dios, pero no lo encuentran. El hambre de Dios, que aparentemente no se manifiesta, es un grito del mundo en el que vivimos. Es como un grito en el silencio. No basta con tener un buen oído, tenemos que estar atentos para percibir este grito. Estamos llamados a dar aquello que Dios nos ha dado de forma gratuita. Nuestro testimonio es necesario.

En ocasiones creemos que dar limosna se reduce sólo a dar algo de lo que nos sobra, a entregar más dinero para los pobres, a aumentar los donativos. Hoy hay tanta necesidad que podemos quedarnos sólo en esta entrega. Sin embargo, la limosna va más allá. Lo más valioso que tenemos no se puede comprar con dinero. Con dinero no nos pagan nuestro tiempo, ni nuestro cariño, ni una sonrisa o unas palabras de apoyo. Nadie puede comprar nuestro amor, ni nuestra amistad, ni nuestra compañía. Un abrazo no tiene precio; nuestro cariño, en realidad, tampoco. La limosna no se compra, sólo se suplica de rodillas. ¿Quiénes son aquellos que más necesitan nuestro amor? Decía la Madre Teresa: *«A veces pensamos que lo que hacemos es sólo una gota de agua en el mar. Pero el mar sería menos sin esa gota de agua»*. No es necesario ir lejos para entregar esa gota de amor y generosidad. Basta con volver la mirada hacia el interior de nuestra familia, mirar nuestro círculo de amigos y conocidos. La caridad es el distintivo de este tiempo de Cuaresma que se nos regala. Esa limosna es nuestro tiempo, nuestro amor que dignifica. Es un amor que crece en la comunión fraterna. Nos hacemos hermanos de los que nos rodean. No estamos solos en la Iglesia, caminamos unidos. Somos hermanos en Cristo.

Nuestra caridad nos lleva además a preocuparnos por tantas personas que viven una vida errada y se dejan llevar. La caridad con el prójimo no acaba en la ayuda material como dice Benedicto XVI: *«Hoy somos generalmente muy sensibles al aspecto del cuidado y la caridad en relación al bien físico y material de los demás, pero callamos casi por completo respecto a la responsabilidad espiritual para con los hermanos»*. Y añade: *«Frente al mal no hay que callar. Pienso aquí en la actitud de aquellos cristianos que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecúan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien»*. No queremos callar, no queremos aislarnos en nuestra fe sin prestar atención a los que vagan por el mundo como ovejas sin pastor. Somos responsables de todos ellos. Decía: *«Es necesario que se redescubra la importancia de la corrección fraterna, para caminar juntos hacia la santidad»*. El amor es el que nos mueve a corregir. La correctio fraterna nace en los monasterios, en la vida monacal. Constaba de dos realidades: laudatio y lapidatio. Por un lado se le dice al hermano lo que es necesario que corrija. Por otro se alaban sus virtudes y dones. El sentido es el deseo de aspirar a que nuestros hermanos lleguen a ser lo que Dios ha pensado para ellos. La corrección sin caridad no construye. Sin amor no es posible decir nada. Hoy le pedimos a Dios que el amor sea siempre nuestra motivación al corregir. Siempre con respeto, desde la humildad y sin dejar de acompañar con cariño a aquel al que corregimos con el fin de que se deje hacer por Dios. Pero, además, el Papa quiere que no nos callemos ante las injusticias. No quiere que nuestro silencio sea cómplice del mal.

El Papa nos invita, por último en esta Cuaresma, a no dejar nunca de aspirar a una vida santa: *«Si permanecéis en el Amor de Cristo, arraigados en la Fe, encontraréis, aún en medio de contrariedades y sufrimientos, la raíz del gozo y la alegría. La fe no se opone a vuestros ideales más altos, al contrario, los exalta y perfecciona»*. La fe, el amor, la esperanza, nos ayudan a caminar por la vida con gozo y alegría. Comenta Benedicto XVI: *«Para estímulo de la caridad y las buenas obras: caminar juntos en la santidad. Esta expresión de la Carta a los Hebreos nos lleva a considerar la llamada universal a la santidad, el camino constante en la vida espiritual, a aspirar a*

los carismas superiores y a una caridad cada vez más alta y fecunda». Aspiramos a lo más alto, a vivir la santidad en el amor. Esta reflexión de Benedicto XVI nos invita a vivir santamente, a aspirar a lo más grande y a luchar contra nuestra dejadez. Lo sabemos, ante las dificultades, ante la cruz, ante los planes que no salen como deseamos, con frecuencia nos rebelamos y nos conformamos con una vida mediocre sin lograr avanzar. La santidad entonces parece demasiado inalcanzable, nos resulta muy difícil seguir luchando. Queremos mirar a Jesús y a María en este retiro y durante la Semana Santa. Los contemplamos en este camino hasta el calvario. Y suplicamos a Cristo que nos regale el poder crecer en nuestra confianza, dejando nuestra vida en sus manos.

La familia hoy y el desafío de ser santos

Siempre que comenzamos un tiempo de retiro, de renovación espiritual, nos presentamos ante Dios con el deseo de profundizar en nuestro camino de fe. Venimos al retiro como familias de Schoenstatt que aspiran a crecer en este tiempo que la Iglesia nos regala para cambiar de vida. Por eso, al comenzar, quería recordar el ideal que se nos presenta como familias cristianas arraigadas en María en el Santuario. El P. Kentenich acentuaba este ideal: *«Una familia, que se esfuerza por encarnar el ideal de la Familia de Nazaret, en forma adecuada al tiempo, en la fuerza y magnanimidad de la alianza de amor con la Madre Tres Veces Admirable de Schoenstatt»*⁹. La familia de Nazaret brilla ante nuestros ojos en un nuevo tiempo de gracias que se nos regala. Vemos el ideal y nos sentimos pequeños y débiles. Miramos la misión y nos encontramos torpes y sin fuerzas. La vida va muy rápido, la crisis nos quita tantas veces la esperanza, el mundo nos roba los sueños. Por eso hoy nos detenemos y pensamos en unas palabras del P. Kentenich pronunciadas hace ya algunos años: *«Llevad con vosotros el cuadro de la Madre de Dios y dadle un lugar de honor en vuestros hogares. De esta manera, los convertiréis en pequeños santuarios en los que la imagen de María se manifestará derramando sus gracias, creando un santo terruño familiar y santificando a los miembros de las familias»*¹⁰. Queremos llevarnos a María a nuestra casa. María recibe la sangre que brota del costado abierto de Cristo al pie de la cruz. Escuchamos la voz de Cristo que nos dice: *«He ahí a tu Madre. Mujer, he ahí a tu hijo»*. Y pensamos que necesitamos a María junto a nuestra cruz. Sí, porque todos llevamos cruces de distintos tamaños. Pero siempre en ellas es necesaria la presencia de María. La necesitamos en nuestros hogares en los que muchas veces no hay orden, ni paz, ni ese remanso tranquilo en el que Dios quiere quedarse. Nos da vergüenza dejar que María se quede en nuestro caos interior, en el caos de nuestra vida familiar. Pero es fundamental vencer nuestras barreras y abrir las puertas. Las puertas de nuestra alma, las puertas de nuestro matrimonio, las puertas de nuestra familia completa. María quiere quedarse con nosotros, quiere echar raíces y sembrar su luz y su paz. Allí Ella derrama sus gracias. Abrazada a su Hijo, con el cáliz en sus manos de Madre, nos regala la armonía de la que carecemos y nos anima a caminar en su luz.

Anhelamos ser familias cristianas, arraigadas profundamente en el corazón de María, en el corazón de Dios. Al comenzar este retiro nos preguntamos si nuestra familia está a la altura del espíritu que reflejan las palabras del P. Kentenich: *«Allí se trata, en primer lugar, de una familia reunida en el amor. Reina en la familia un amor que lo abarca todo. Pero también reina en ella el espíritu de pureza, de paz, de alegría, de verdad, de justicia. De disponibilidad alegre para el sacrificio, un preclaro espíritu de lucha (por el bien) y una amplia conciencia de misión y victoriosidad»*¹¹. Estas palabras reflejan un ideal que quisiéramos alcanzar, aunque muchas veces nos sentimos muy lejos. Quisiéramos que en nuestras familias reinara la pureza, la paz, la alegría, la verdad, la justicia, la disponibilidad para el sacrificio. Por eso es tan

⁹ J. Kentenich, "Familia sirviendo a la vida" (1956)

¹⁰ J. Kentenich, "Carta de Santa María"

¹¹ El Fundador a las familias, 1966, p. 60-61

importante crecer en nuestro amor, en nuestra entrega, en nuestra capacidad de aceptar, cargar, enaltecer y respetar. Dice el P. Kentenich: *«Para poder acoger plenamente al tú debo disponerme interiormente para un amor que soporta y sobrelleva. El tú también debe soportarme. Es el amor que apoya en momentos difíciles, que es solidario, capaz de perdonar, de tomar iniciativas de amor»*¹². Un amor así es un don que no podemos cansarnos de suplicar cada mañana. El amor inmaduro, primitivo y egoísta está muy presente en muchos corazones. Es ése amor infantil contra el que luchamos. No queremos amar así, queremos amar con un amor sacrificado, que ha sido acrisolado en la prueba y es capaz de poner siempre al tú antes que al propio yo egoísta. Dios os ha regalado la vocación de amaros para la eternidad y aspiráis a vivir un amor que sueña con ser eterno. Un amor que quiere crecer en la entrega diaria, en el sacrificio, en la renuncia. Sólo desde la cruz crece el amor. Sólo cuando ponemos al tú por delante de nuestros intereses particulares y nuestros egoísmos el amor se hace más grande. Cuando nos preocupamos por el otro y sus necesidades, en lugar de pensar sólo en nosotros. Sólo así el amor se convierte en un servicio desinteresado y alegre.

Por eso, al comenzar este retiro, quisiera que meditáramos una oración que encontré hace poco: *«Que la familia comience sabiendo por qué y adonde va. Que nadie los haga vivir sin ningún horizonte, y que puedan vivir sin temer lo que venga después. Que marido y mujer tengan fuerza de amar sin medida, y que nadie se vaya a dormir sin buscar el perdón. Que en la cuna los niños aprendan el don de la vida, y la familia celebre el milagro del beso y del pan. Que marido y mujer de rodillas contemplen a sus hijos, y que por ellos encuentren la fuerza de continuar»*. Esta oración refleja el deseo que mueve nuestros corazones. Aspiramos a ser familias santas en medio de un mundo donde la santidad no es un ideal que mueva los corazones. Queremos ser familias que sueñan con crecer en un amor que se nos regala como un don. No podemos conformarnos con lo que ya tenemos. Cada momento de silencio que Dios nos regala es una nueva oportunidad para cuestionarnos la fuerza de nuestro amor y mirar hacia delante con el deseo de crecer, de dar más, de aspirar a las alturas.

En el retiro tenemos la oportunidad de detenernos y tomar distancia. Las imágenes nos ayudan. Es el tiempo para subir al monte y mirar nuestra vida con más perspectiva. Es la oportunidad para vivir en el desierto buscando el agua del pozo que se encuentra en Cristo. En el silencio de este fin de semana miramos hacia atrás, miramos nuestra historia y buscamos el paso de Dios. Hay un sentido oculto detrás todo lo que vivimos. Dios conduce de forma personal nuestros pasos. Dios quiere nuestro bien y nos ama como hijos predilectos. En cada retiro deberíamos ser capaces de buscar su mano en todo lo que nos pasa, una mano misericordiosa. Deberíamos aprender a agradecer, porque a menudo se nos olvida. Nada de lo que nos ocurre es por casualidad. Detrás de cada acontecimiento hay un plan sabio y misericordioso de Dios. Un plan de conducción para nuestra vida, aunque con frecuencia nos cueste descubrirlo. En el retiro ponemos todo lo que nos ha ocurrido en el último tiempo a los pies de Dios. Él se encargará de mostrarnos el camino que tenemos que seguir y le dará sentido a nuestra vida pasada. Agradecer no es una posibilidad, es una obligación. Pero nos cuesta dar gracias en la vida. Vivimos sintiendo que tenemos derecho a todo lo que nos pasa. No agradecemos a las personas con las que vivimos. No damos gracias por la comida diaria, por tener un hogar, por la posibilidad de vivir con cierta holgura. No agradecemos por la salud, por la vida que es un don cada mañana. Nos sentimos acreedores de un derecho a vivir que nadie nos ha dado. El retiro es una oportunidad para agradecer por nuestra vida, por nuestra familia, por las cosas agradables y las difíciles que hemos podido vivir.

¹² J. Kentenich, "Extractos de la carta de Nueva Helvecia", 1947-49